

respecto de Orígenes en el *Comentario al Evangelio de Lucas*, sea con respecto al filósofo neoplatónico Plotino en *De Jacob* (p. 262). En este último caso la defensa que hace el autor es la siguiente: como Ambrosio, siguiendo a Filón y a muchos cristianos, creía que los filósofos griegos habían plagiado a Moisés, entonces era lógico que se sintieran autorizados al plagio de los plagiarios, porque entendían sacar agua de su propio pozo. Según esta lógica, Ambrosio se sentía inspirado solamente por los autores bíblicos. “*Eux seuls donc, en toute logique, doivent être désignés comme étant la source véritable et unique de l’inspiration d’Ambroise*” (p. 262). Quizás sea el gran amor que produce un gigante como Ambrosio en el hombre que lo estudia la fuerza que lleva a ver “en toda lógica” una justificación tan débil como esta. Es cierto

que entre el juicio de Jerónimo sobre Ambrosio y el de Nauroy haya que inclinarse decididamente por el de este último, pero sin necesidad de acompañarlo en la justificación absoluta.

Si Eusebio de Cesarea fue el teólogo de la época de Constantino, tanta o mayor importancia tiene el que fue teólogo de Teodocio, el que llevó a cabo el programa de adopción del cristianismo por parte del imperio romano según una razón profundamente romana: porque el estado debe mantener la propiciación de la divinidad. Y los hechos históricos, las batallas ganadas en nombre de Cristo, afirmaban cuál era el verdadero concepto de divinidad. Un libro que estudie los textos del teólogo de Teodocio (cfr. 26-28) con el rigor y la penetración de Nauroy debe ser recibido con beneplácito en nuestras bibliotecas.

---

GALLEGO, Julián

***Campeños en la ciudad.  
Bases agrarias de la pólis griega y la infantería hoplita.***

Buenos Aires: Ediciones del signo, 2005, 211 pp.

Por Marta Alesso

La hipótesis del texto es que el surgimiento de la *pólis* se produce por un proceso de incorporación de comunas aldeanas a una nueva es-

tructura estatal, en tanto constituye una unidad inseparable el centro urbano (ὄστου) y el territorio agrícola (χωρὰ), en una relación mediante la

cual la aldea rural es una parte segmentaria del nuevo estado, de modo que las formas organizativas de la vida social campesina pasan a funcionar como elementos del orden político. A su vez la ciudad –personificación colectiva de la comunidad– produce un espacio social y simbólico-religioso que controla el territorio cívico y, en tanto opuesta a los propietarios individuales, es la propietaria en un sentido general que regula el acceso a las parcelas; de este modo, cultura política y cultura agraria se moldean recíprocamente.

En una época de profundas transformaciones, que se ubica entre los siglos VII y VI a.C, las vinculaciones entre agricultura, guerra y política determinan el ascenso social del campesinado, en tanto el auge de la falange hoplita permite la definitiva participación de los agricultores soldados en la vida política.

Sin eludir el tratamiento del tema en Esparta y la complejidad que ofrece el sistema de *póleis* periecas al que dedica el segundo capítulo, el análisis es especialmente valioso en torno de las circunstancias de la Atenas arcaica, cuyas comunidades muestran cuatro características: 1) la presencia de comunas rurales de propiedades agrarias familiares, que irían congregándose en torno a la ciudad a partir del fenómeno tradicionalmente conocido como *sinecismo*; 2) el desarrollo de la urbanización asociado a la configuración de ciertas instituciones propias de la justicia y el derecho en la *pólis*; 3) grupos sociales tales como los aristócratas

terratenientes (ἐὶπατρίδαι) –quienes controlaban el poder institucional– y una multitud (πλῆθος) básicamente de campesinos que vivían en agrupamientos rurales unidos a la ciudad; y 4) la conformación de la infantería hoplítica y la primera codificación de las leyes. Este conjunto de circunstancias desembocó en una organización política particular de la *pólis*, que debió sortear conflictos sociales producidos por las tensiones entre la aristocracia y el campesinado. La promulgación de leyes que intentaron regular la vida en esta incipiente comunidad política partió de aristócratas que supieron comprender que la moderación en las formas de explotación podía ser más productiva que excesos tales como los denunciados por Hesíodo en *Trabajos y días*. La organización en clases censatarias, promovida por Solón, estableció que todos los miembros de la comunidad tendrían asegurada su libertad y la de sus familias debido a la abolición de la esclavitud por deudas (σεισάχεια). La posición de Gallego es que la *stásis* arcaica implicó una lucha de masas, esto es, provocó la irrupción del *dêmos* rural en los ámbitos de decisión de la ciudad. Los gérmenes de la democracia, la apertura política en la *pólis* ateniense, se debió a la irrupción de un campesinado libre en la escena pública más que otras posibilidades tradicionalmente aceptadas por los historiadores, como que la admisión en la *politeía* de los más sumergidos surgió del peligro de que algún aristócrata osara romper la solidaridad de clase para acceder a la

tiranía apoyándose en el descontento de campesinado. La principal diferencia con las líneas historiográficas tradicionales, como la de Finley, es que éstas conciben a la *pólis* como centro de consumo habitado por una pequeña parte de la población total y no por granjeros ciudadanos comprometidos con el destino colectivo que partían a la mañana hacia el campo y volvían con la caída del sol.

Merece especial atención el brillante análisis que Gallego hace de los textos de Aristóteles –La *Constitución de Atenas* y *Política*– que ocupan gran parte del Capítulo III, titulado “*Zeugítai* atenienses ¿ciudadanos activos?”. Aristóteles dejó establecida la diferencia existente entre la situación de las instituciones antes de la tiranía de Pisístrato y la posterior a sus reformas y las de Pericles. La primera etapa se trataba de una república de campesinos, encolumnada ordenadamente detrás de gobernantes moderados; en la segunda, se produciría el ascenso político del pueblo que cobraba un salario (*thêtes*) por su participación institucional y así los demagogos habrían estado dispuestos a conceder prebendas (clientelismo) con tal de no perder el favor del pueblo. Destaca Gallego que la terminología usada por Aristóteles implica una calificación moral además de catalogar a los actores según su pertenencia a una clase: hay

gobiernos y gobernantes virtuosos y otros, corruptos, así como, según el filósofo, hay clases que son más aptas y otras menos aptas para mandar (p. 115).

El manejo de las fuentes antiguas –Aristóteles, Jenofonte, Tucídides, entre otros– se logra sin agobiar al lector con citas sino mediante remisiones bibliográficas en las notas al pie y con comentarios en texto que dan cuenta de una perspectiva de historiador crítico que sabe integrar los datos filológicos con los arqueológicos (como en Cap. I, p. 35 y ss.) en una síntesis que contempla la interacción de aspectos económicos, sociales, geográficos y políticos.

Las fuentes literarias son un material provechoso para analizar la sociedad que las ha producido, especialmente Aristófanes, en cuyos textos Gallego ha abrevado en publicaciones anteriores.

La discusión sobre la bibliografía teórica que actualiza el tema prácticamente a la fecha es abundante –quizás en exceso– y adolece en ocasiones de poder de síntesis que impida ver como repeticiones lo que son argumentaciones sobre aspectos diversos.

Un glosario con los términos griegos transliterados que sirven para ésta y otras lecturas sobre la disciplina se presenta sumamente útil para delimitar conceptos de uso corriente en historia griega antigua.